

BIBLIOTECA DE ZEA

## ISOTTA.

RELATO HISTÓRICO POR CÉSAR CANTÚ.

---

(Del italiano para *La Estrella de Chile.*)

En aquellos inolvidables tiempos, entre mis dieziocho i veinte años, recorrí muchas veces, ya por gusto, ya por necesidad, el Lario de Lecco en Colico; i como no estaba aun abierta la via que poco há se concluyó, i no habiendo entónces la embarcacion a vapor que hoi está en servicio, se hacia aquel viaje en un barco de los comunes, que partiendo por la tarde llegaba al amanecer dos a la ribera opuesta.

Los viajeros que formaban mi compañía eran jentes de variada condicion: los mas eran negociantes que volvian del mercado, algunos campesinos, una que otra mujer: rara vez habia con quien conversar. Así, la noche se pasaba en silencio si éste no era interrumpido de cuando en cuando por alguna plegaria que elevaba a los pobres muertos el mas viejo barquero i a la cual todos respondian respetuosos.

Una de esas noches era mas pura i serena que de costumbre; i yo, a la claridad de una luna llena, me mantenía de pié sobre la popa, abrazado a las cimbras de la cubierta, fantaseando con tanto placer como se suele a los veinte años, en una noche silenciosa, en medio del lago, henchida el alma de tantas vírgenes esperanzas como entónces eran las mias. Hoi las ménos se han realizado; muchas están aun en el regazo del porvenir; i una gran parte de ellas se ha desvanecido, dejándome un amargo desengaño.

Al cabo de poco rato, volviéndome hácia atrás, me encontré frente a un sacerdote de mediana edad que tambien miraba i, como yo, meditaba.

Como ámbos estábamos poseidos del mismo sentimiento, pronto entablamos conversacion: ya él me imponia de los estudios e indagaciones de los sabios acerca de aquel lago, ya le mostraba



yo el maravilloso efecto de los hornos de cal, luminosos como volcanes encendidos sobre el oscuro flanco de la montaña; despues él me señalaba rocas en ruinas, me hablaba de monasterios, de cierta reina Teodolinda, la cual, decia él, fabricó aquella torre alta sobre Varenna; i yo le mostraba los surcos encrespados por desconocida causa sobre la tranquila superficie de las aguas.

—Mirad, le decia yo, ¡qué puro es el azul de los cielos! Las estrellas de que se ven tachonados ¿no parecen islitas de luz en el océano del espacio?

—Sí, me respondia él; ¿quién al contemplarlas no siente vivo el deseo de subir mas alto que ellas i embeberse en una luz mas pura e inmortal?

—I callamos i mirábamos el cielo, los montes, el lago.

Habíamos llegado cerca de Olcio, i en medio del agua negreaba el promontorio de Bellagio, que parte el lago en dos, i que era el punto de reunion de los navegantes que servian al señor de aquel lugar.

—Pero la jente que habia allí, decia un viejo, no fué siempre tan buena como el señor conde de ahora: ¿no es verdad, señor cura?

—¡Sí, verdad, por desgracia! replicó el sacerdote. Así nos lo refiere la tradicion; pero la misericordia del Señor es grande i habrá perdonado aun a esas jentes.

Miéntas tanto, yo que le estaba escuchando i que no podia conformarme con una mera insinuacion, le rogué me dijese algo mas.

Estábamos atentos; aun los barqueros se disponian a escuchar; i él, con esa bondad que es tan habitual en los sacerdotes del Dios de amor, principió de esta manera:

—Quien hubiera visto ahora tres siglos el promontorio de Bellagio, habria encontrado lo mismo que hoi las obras de la naturaleza; pero no así las del arte. La selva de encinas i de abetos, nueva entónces, negreaba como ahora. Mas allá de la selva estendíase una faja de murallas, todas almenadas, destruidas en varias partes, pero de las cuales, sin embargo, se lanzaba la muerte a las naves que recorrian el lago, especialmente en tiempo de la guerra de Jacobo Medeghino, castellano de Musso. Dicha faja cercaba por todos lados el castillo que veis, i que fué levantado por Marchesino Stanga, señor de Milan. El edificio era tan hermoso, que los duques, los príncipes, aun el rei, iban a hospedarse en él. A poca distancia, veíase un tosco campanario, a cuyo lado se levantaban la iglesia i el convento de los capuchinos. ¡Singular contraste de las ideas de paz bendita i de guerra furibunda, de relijiosos i de guerreros, de dolor i de consuelo, de bronces que arrojaban la muerte i de hombres que en medio de la tempestad salian a socorrer al extraviado navegante!

El desórden i el tumulto de la guerra se extinguieron cuando



Carlos V se apoderó del Milanesado, poniendo freno a la facción i desterrando a Medeghino.

Pero la tempestad no se habia calmado en el ánimo de Isotta, señora de aquel castillo. Bella i fresca, aunque frisaba en los treinta años, cubierta con su túnica de terciopelo negro, con un albo cuello de finísima muselina, sus ojos demostraban la ajitación interna de que era presa. Sentábase sola en un terrado que miraba hácia la Tremenzina, aun no sembrada de granjas, i desde donde se perdía la vista en los montes del valle Intelvi; observaba el sol, que, al ocultarse tras la cadena de San Zeno, enviaba un último indeciso rayo a colorear de trémula luz el apacible lago.

Es la hora de la meditacion. ¿Quién de vosotros no la ha sentido? ¿Quién no ha experimentado una dulce melancolía, una suave reconcentracion sobre sí mismo, sobre el pasado, al contemplar el astro de la tarde brillando con incierto resplandor? Suave, digo, para quien abrigue dentro el pecho un tesoro de tiernos i virtuosos sentimientos; pero para Isotta nó era así. La paz de la naturaleza, el canto lejano de las aldeanas que volvian de las faenas de la vendimia, el tranquilo bogar de alguna barca le traian a la mente los encantadores recuerdos de la primera juventud. I se representaba el tiempo cuando, niña inocente i de mediana si no escasa fortuna, vagaba tranquila en la campiña en que el Adda se une con el Po, entre el fuerte Pizzighettone i la torrecilla de Cremona. Recordaba la plácida benevolencia de un padre, de una madre, de una hermana; los dias de uniforme quietud i las tardes empleadas en recitar una plegaria que embellecía el rumor de la noche. Despues venia a su memoria el dia en que Lucillo, hijo de Marchesino Stanga, llevaba por aquellos lados la caza clamorosa, voldiendo rendido por la tarde allí i no al hogar paterno.

Ese dia fué el último de su tranquilidad. Aquel señor poseia el arte de conquistar los corazones. La jóven era incauta. No habia bastado el paternal desvelo para arrancarle del pecho el jérmén de un orgullo siempre creciente.

El la habló de amor; fué escuchado: adios la virtud. La niña del campo es señora en el palacio de Cremona, acariciada, festejada.

Pero la ambicion, no el amor, era lo que habia movido al señor. Por eso, apagado el primer ardor, desdeñó a una mujer de baja esfera o la pospuso a otra. Ella, que no habia amado al que le habia arrebatado la virtud, buscó distraccion i olvido en nuevos crímenes. Pronto el palacio de Stanga fué teatro de las escenas mas escandalosas. Stanga, por fin, trató de alejar a Isotta; pero por honor no la volvió a la oscuridad de que la habia sacado, sino que la puso donde pudiera vivir i brillar como en su palacio.

El castillo de Bellagio habia sido construido por su padre con



magnificencia i comodidad; pero despues que el lago fué infestado por las correrías de los Cavargnoni i por los partidarios de los franceses i españoles, no ofreció ninguna seguridad a sus habitantes i fué abandonado a causa de haberse convertido en teatro de combates cuotidianos, mucho mas desde que se fué a habitar en Muzso el terrible Medeghino, que supo resistir tantos años i al fin triunfar contra el poder destructor de Cárlos V i de Francisco I.

Stanga designó, pues, a la infeliz Isotta este castillo abandonado para que en tranquilo i liberal destierro pasara los dias de su vida. Como vivió, mejor es callarlo: ¿quién alcanzaria a narrar sus crímenes?

De los valientes que rodeaban a Medeghino i de los gondoleiros de su servicio, se habia atraído algunos, despues que aquél se ocultó en su cueva. Complaciáse, como él, en recorrer el lago cuando estaba mas tempestuoso, en triunfar siempre de todo i acaso en conquistarse, tambien como él, criminal celebridad. ¿Veis allá aquel plano mas elevado? Si visitarais ese delicioso lugar, os mostrarian un profundo barranco en el cual Isotta precipitaba a sus amantes cuando se cansaba de ellos.—Así a lo ménos decia la fama, que, dicho sea en verdad, siempre exajera lo malo.

Ya este variado sistema de vida no bastaba a distraer su alma hastiada de todo. Pasando alternativamente del placer al dolor, sentia en su alma el peso de un remordimiento que quisiera poder ocultarse a sí misma, pero que con voz incesante le hablaba dentro. Desde cierto tiempo, sobre todo, experimentaba este suplicio con mayor fuerza i buscaba algun arbitrio para entrar con honor en la sociedad, sin que le ocurrieran otros que una austera penitencia o un amor honesto. Pero la penitencia no se acomodaba con los hábitos de su vida. Talvez la habrian conducido a ella una fuerte desgracia, una pérdida imprevista; mas, las circunstancias que la rodeaban le sujerian la incertidumbre, la duda, no la eficacia de la resolucion.

El otro partido la habia alucinado mucho mas desde que habia aparecido en aquellos lugares el caballero Alberto Morone, conde de Lecco, poderosísimo en su tiempo hasta la invasion de los franceses i españoles, que disponian a su agrado en asuntos políticos. De sus dos hijos, a uno tenia en el obispado de Módena i al otro lo habia destinado a los negocios públicos. Pensador i amante de la patria, habia visto con amargura a los príncipes en la miserable lucha de aquellos tiempos, combatir no por el derecho o por honor, sino al lado de los extranjeros. Habia visto a Francisco Sforza, último vástago de una familia heredera de la libertad i de la tiranía lombarda, abatido, jimiendo en su imbecilidad bajo el peso soberbio i abrumador que gravitaba sobre sus espaldas. Habia visto a los poderosos disputarse el ducado por medio de las armas, i por fin el advenimiento de una paz



indecorosa, en la cual los hijos a quienes sus padres habian creído transmitir muriendo un porvenir, una esperanza de ventura, no pudieron hacer mas que envilecerse o aturdirse.

Desesperado, entónces, el caballero, se retiró de los negocios de la guerra i vino a esta apartada ribera en busca de la distraccion i de la paz. Contaria a lo sumo treinta i cinco años de edad. En su frente se revelaba la habitud de altos pensamientos; pero, como ellos ya no lo ocupaban, sentia en su corazon un vacío mortificante que no le permitia reposar tranquilo. Vagar por el lago, trepar hasta cima de la montaña armado de su baston, hacer el bien donde quiera que se le presentase la ocasion, tal era por esa época su vida. Entónces revivieron en su pecho los pensamientos de amor que al principio habian permanecido ocultos; i ya que no podia consagrar su vida a los grandes intereses de la patria, deseaba hacer suya una suave i bella criatura i recorrer tranquilamente con ella los dias de su vida. Esta idea lo llevaba con frecuencia al castillo de Isotta. La primera vez que un sirviente, penetrando al aposento donde se encontraba meditando la dama, anunció la visita del caballero Morone, Isotta se conmovió, i “que entre,” dijo, pintándose la turbacion del espíritu en su semblante. Este era el hombre que veia en los sueños de su porvenir, el que podia volverla con honor a la sociedad. La frecuencia con que visitaba su castillo i los respetos que le guardaba, la hicieron formarse la ilusion de poder inspirarle amor. En quince dias que le conocia, se habia acostumbrado a alejar de sí hasta las apariencias del delito i a mostrarse buena en cuanto es posible a una persona que no lo es.

No estaba aun repuesta de la turbacion, cuando el caballero entró, i, entregando al sirviente el baston i el ancho sombrero, se dirigió hácia ella besándole la mano i saludándola.

Las primeras expresiones que se cambiaron, fueron de frio i comun cumplimiento, como no podian ménos de ser entre una dama que tiene preocupado el espíritu i un hombre a quien algo le falta. Al fin el caballero se mostró mas franco.

—¿Dónde está la señorita Estella? preguntó.

—Ocupada en sus trabajos la infeliz.

—I ¡qué! ¿es verdaderamente tan desgraciada, ella tan hermosa, tan buena, tan digna de ser mas feliz? ¿Por qué no me narras su historia?

—Su historia es corta i sencilla. Es hija de Polidoro Boldoni de Bellano. En las largas guerras pasadas, éste armó una banda en los montes para combatir a los extranjeros, franceses i españoles; experimentó derrotas i alcanzó triunfos; no habia batalla en favor de la patria en que él no se encontrase; en Como dirigió la artillería contra los soldados del marques del Vasto, cuando se preparaban a saquearlo; mas tarde, cuando vió la terrible devastacion, corrió a defender a Torno, i, no pudiendo alcanzar la victoria, tuvo a lo ménos la alegría de ver caer bajo sus golpes



al hijo del marques. Cuando Medeghino se puso de este lado, esperando hacer causa comun con él en favor de la patria, se le reunió; pero habiéndose entregado el primero al robo i al saqueo, se separó en el acto de su compañía, tanto que habiéndole ofrecido Medeghino una hermana suya por esposa, le contestó que no queria alianza ni parentesco con ladrones.

Las consecuencias de esta ruptura fueron fatales para Polidoro Boldoni; pues Medeghino, trocado en enemigo implacable, arruinó su poder, asaltó la casa, exterminó la familia, a unos quitó la vida i otros se dispersaron. Yo he recojido a esta pobre niña que, allegada unas veces aquí, otras mas allá, vivia sin albergue ni proteccion. Dicen que el padre ha muerto, pero no lo creen sus enemigos, de los cuales el mas tenaz es el marques del Vasto, que obtuvo del emperador un premio para el que lo entregase vivo o muerto i la pena del último suplicio para todo aquel que lo ocultase.

Cuanto ella decia era verdad, porque es cierto que los grandes criminales gustan de acercarse a algun ser inocente para darse las apariencias de la virtud o para tener a alguién que los bendiga entre la multitud de maldiciones que reciben de sus oprimidos.

Con la anterior relacion, mas conmovido se puso el ánimo del caballero i en sus palabras se manifestaba la impresion que le habia causado, impresion que la señora queria atribuir a la incertidumbre del que ama. Para salir de dudas, se atrevió a decirle:

—Me parece, caballero, que desde tiempo atras me ocultais algun secreto. ¿No teneis confianza conmigo? ¿No soi yo mujer capaz de sentir como vos?

El amor i la esperanza habian echado sobre Isotta un denso velo que ella aguardaba ver caer a sus piés con las palabras del caballero en que la declarase cuánto la amaba. Pero sucedió lo contrario.

—Sí, le dijo: os revelaré un pensamiento que desde largo tiempo abrigo en el corazon: yo amo.

—I ¿a quién? . . . . ¡Feliz aquella a quien hayais escojido!

—La niña que vos protejeis; i, si obtengo vuestro consentimiento i el de ella, esa niña será mia.

Un rayo que hubiera caido sobre Isotta, no le hubiera causado tanta impresion como las palabras que acababa de escuchar: amor, rabia, orgullo, todo junto la asaltó. Se habria desahogado allí mismo; pero la contuvo el semblante firme i tranquilo del caballero. Devoró su amargura i varias veces se paseó taciturna a lo largo de la sala. Despues, deteniéndose frente a él, que no le habia quitado la vista, le dijo:

—Caballero, habria creido que un jentil hombre como vos supiera fijar sus afectos en persona mas elevada. . . . ¡Una miserable, hija de un proscrito, sin nombre, sin fortuna! . . . .



—Señora, no me importan el nombre ni la fortuna: solo busco la virtud.

Resonaron estas palabras en el fondo del corazón de la dama, que recojiéndose en sí misma, vió que no poseía ni lo uno ni lo otro. Encolerizada exclamó:

—¡Virtud, . . . virtud! . . . Pues bien, venid a convenceros vos mismo.

Lo condujo a un terrado que miraba al lago. La luna tan espléndida como ahora, iluminaba las aguas, mostrando distintamente cada una de las naves que las surcaban. Isotta señaló al caballero una en que se veía blanquear algo que no era un pescado ni un remero. Cuando estuvo mas cerca, se distinguió una mujer, la cual, una vez allegada la embarcación a la orilla, saltó a tierra i se dirigió hácia el castillo acompañada de un antiguo sirviente. En ella reconoció el caballero a Estella.

—¡Pues bien! exclamó la señora, dirigiéndose a Morone, viene de visitar a su amante: ¡hé ahí su virtud, vuestra esperanza!

Se le pintó en el rostro el triunfo de la venganza, mientras él se quedó turbado i sombrío. Por eso, cuando entró Estella, bella i risueña como un ángel, i se dirigió a abrazar a su protectora, i ésta con singular cariño le dijo, —“Bien venida seas,”—el caballero, quedó aun mas sorprendido. Cuando la niña volvió hácia él los ojos, lo notó perturbado i mui diferente de como era siempre con ella, pues ya habia mostrado a la niña su amor con aquellos actos imperceptibles a todos, ménos para quien es objeto de ellos.

La jóven no habia podido permanecer indiferente a las bellas i sólidas virtudes del caballero. Al verlo entónces con el semblante contraído, i cuando al salir recibió de él una mirada, no comprendió con seguridad lo que significaba, pero le pareció de indefinible reproche. Entre tanto, la idea de la venganza aceleraba mas i mas los latidos del corazón de Isotta, que si no podia disfrutar de ese amor, tampoco queria que otra lo gozase.

A la tarde siguiente, Estella, como de costumbre, se fué a la orilla i entró a la embarcación con su sirviente; hundió ella misma el remo en el arenoso lecho i volvió la proa hácia Limonta.

Ténues nubecillas velaban a ratos la faz de la luna: su luz era a veces completa, otras débil, i tan pronto se extinguía como jugueteaba trazando caprichosas figuras sobre la superficie del lago o sobre las oscurecidas laderas de los montes. Cuando mas claro alumbraba, hacia resaltar la cándida figura de Estella, cubierta con un sencillo vestido, sobre el cual caían sueltos al aire de la noche los mas bellos rizos de cabello negro. Vogando de este modo, llegó allí donde se divisaba aquella señal entre un escollo i un no mui estenso prado; acercó, entónces, la embarcación a la orilla, saltó a tierra i se dirigió hácia el frente.

Pero unos ojos la espiaban. El caballero, deseoso de convencerse hasta qué punto se habia engañado al juzgarla un alma be-



lla i pura, habia ocultado léjos su navecilla, se habia escondido en los matorrales, la vió llegar i concentró en los ojos toda su fuerza i atencion. Largo rato estuvo observándola; despues la perdió de vista. Largo tiempo vagó a la ventura; despues un ligero ruidecillo llamó su atencion. Trata de acercarse hasta el lugar de donde salia i advierte una cabaña, llegado a la cual se asoma por una ventanilla; i a la vacilante luz de una linterna, dirige hácia dentro una ávida i escrutadora mirada. ¡Oh, qué ve! Un hombre de majestuosa forma, pero envejecido por los padecimientos, de larga i poblada barba, estaba sentado en un banco i sobre sus rodillas una anjelical figura, Estella, que con un brazo le rodeaba el cuello i lo acercaba tanto que las ásperas canas del viejo se confundian con su negra cabellera, miéntras que con la otra mano le daba el alimento que le traia preparado en una cesta. Las tiernas expresiones que le dirijia, tenian un no sé qué de melancólico, algo, como el recuerdo de la patria lejana.

El caballero estuvo largo rato contemplando aquel espectáculo i en seguida se presentó a la puerta escusada. Cuando Estella lo vió, envuelto como estaba en un manto, no lo reconoció; dió un grito i se precipitó a sus piés exclamando:

—¡Piedad, señor! ¡salvad a mi padre!

Convencido, entónces, el caballero de lo que ya habia sospechado ántes, que aquel hombre era el padre de la niña, a quien ella llevaba vida i consuelo, con el corazon profundamente conmovido la levantó diciéndole:

—Nada temas, Estella, soi yo; buena Estella, mucha es tu virtud i tendrás premio.

En seguida, dirijiéndose al anciano, dijo:

—Polidoro, vos i yo hemos peleado por nuestra patria, i sin embargo ha sucumbido; pero a vos las persecuciones de un poderoso os han puesto en esta miseria: yo resistí a los enemigos de Italia i fuí temido de ellos i respetado de los nuestros. Cuando ví irremediable la ruina de la patria, me vine a vivir aquí en desesperada paz; pero en Milan mi nombre es escuchado todavía; si algo puede inducirme a hacerlo valer, a visitar de nuevo aquellos muros ¡ai! tan cambiados, será el ir a solicitar vuestro perdon. Pero aguardo un premio i es la mano de vuestra hija, si es que ella consiente.

El padre interrogó a la hija i ella no contestó de otro modo que echándole los brazos al cuello exclamando:

—Padre, ¡qué felices seremos!

Separáronse entónces: Estella se dirigió a su barca i Morone al camino recto, endonde lo esperaban.

Al dia siguiente, el caballero se presentó a Isotta, rogándole que consintiese en que Estella fuera su esposa. La señora se sintió dominada por la firmeza i rectitud del caballero i accedió a la peticion que se le hacia.



Miéntras se disponian los preparativos para la boda, Morone se fué a Milan.

Excusado es decir qué pensamientos preocuparon a Isotta en ese dia i en los sucesivos. Morone habia sido el primero en quien ella habia buscado el amor i no un instrumento de su ambicion; habia agotado todas las fuerzas del arte para atraérselo, i se le escapaba; no solo se le huia, sino que la posponia a una pobre desconocida que no se recomendaba por nada mas que por su belleza.

—¡No tiene mas que su belleza! exclamaba Isotta. Pero nó; ella posee otra cosa que yo no tengo, la virtud. Yo no le podia ofrecer una mano sin mancha, un corazon inocente como esta pobre niña. Pero ¡virtud!... ¿qué virtud es la suya, cuando todo me lo debe a mí, que la recojí abandonada, que guardo el secreto de su padre, cuando con una sola palabra podria i deberia perderlo? ¡I la ingrata me arrebató el amante!... ¡Desleal!... ¡mi venganza te cojerá i será tan cruel como la mereces!... Pero... ¡deslealtad!... ¡venganza!... ¿qué sabe ella de mis amores? ¿cuál es el arte con que me ha burlado?... ¡Ah! si yo pudiera volverme como ella... niña... pobre... pero sin pensamientos, sin estos pensamientos que noche i dia devoran mi corazon, que nunca, jamas dan tregua al martirio dejándome un momento de paz!... ¡Bella inocencia! ¿quién puede devolvérmela? ¿Quién puede darme los placeres de la edad injénua, del primer amor? ¡I aun éste lo malgasté sin saberlo, desgraciada!... ¡I ella los gozará!... Pero tambien yo he gustado i puedo aun saborear el placer de la venganza... ¡Oh! es mui dulce contar los momentos de vida que restan al enemigo; sentir su agonía sin que él lo sepa; despues, oír un jemido, i... ¡nada mas!... ¡Ah, no hai armonía que se le parezca!... Yo la he sentido... i ¿quién me impide gozarla otra vez todavía?... ¡Ver convertido en llanto el triunfo de esa orgullosa!... ¡Oh, sí! ella es mi huesped, le merezco confianza, se fia completamente de mí, i... ¿traicionarla?... Pero ¿no me ha ofendido ella primero? Pues entónces ¿porqué el bien que le ¡he hecho debe ligarme a ella? Por otra parte ¿no ordena la lei denunciar a los facciosos i entregar la cabeza de ese rebelde Polidoro Boldoni? ¿no podria hacerlo yo? ¿no seria traicionar al emperador proceder de otra manera?

En todos aquellos dias, estos i semejantes pensamientos se agolpaban bajo variadas formas al tempestuoso espíritu de Isotta; pero no por eso dejaba de mostrarse buena i cariñosa con la niña, que estaba siempre aguardando con ansiedad la llegada del correo i preocupada con todo lo relativo al nuevo estado en que iba a entrar. De cuando en cuando, interrumpia su labor para echarse al cuello de la señora exclamando:

—¡Oh, mi jenerosa protectora, cuánto os debo! ¡toda mi felicidad viene de vos!



La dama sonreía de un modo que no bastaba a disimular el tumultuoso afán de su interior. A veces aun, compadecía el llanto de la niña; pero desde el fondo de su corazón se alzaba la voz del mal clamando venganza.

Habían trascurrido los días i había llegado ya el señalado para la boda.

A la caída del sol debía llegar el caballero.

La niña esperaba impaciente. Se adornó con sus mejores vestidos; i así ataviada, entró al gabinete de la señora, i corriendo a su encuentro, con la confiada alegría de la inocencia, le dijo:

—¡Oh, cuán feliz soi señora mia! ¡el cielo os bendiga!

Pero, léjos de volverle el abrazo, Isotta se retiró dando muestras de una gran turbación. Al principio la rechazó como horrorizada; después, anhelante, la tomó de un brazo, con la vista vaga e inquieta, convulsos los labios, el pecho ajitado, contraído el rostro, alternando entre el color i la palidez: toda ella revelaba la agitación de su corazón: mientras tanto, el semblante de la niña demostraba la incertidumbre, la sorpresa, el miedo injenuo que no sabe qué temer.

—¡Oh, Señor mio!—exclamaba,—¿qué teneis mi protectora?

—¡Qué Señor! ¡qué protectora!—gritó encolerizada la dama, manifestando en aquel acceso de rabia cuánta hiel tenía comprimida,—ya no es tiempo de seguir disimulando: desde hoy verás en mí a tu mas encarnizada enemiga, i tengo los medios de hacértelo sentir bastante. Oye, oye, o das esta bebida (i sacó del seno una redoma) a tu esposo antes de media noche, o al levantarte alza los ojos i verás colgar de esta torre el cadáver de tu rebelde padre.

Dió un grito la infeliz, como si bajo una flor hubiera visto una serpiente, i vacilante se apoyó en el respaldo de un sillón.

En ese momento entró el caballero, i donde se figuraba hallar la alegría, solo encontró lágrimas i desconsuelo.

Colocado en medio de las dos, tomó la mano de Estella, que no se atrevía a mirarlo, i fijó la vista a la señora para descubrir qué de siniestro había sucedido. Ella se volvió de nuevo a la niña, i rechinando los dientes i apretando los puños, le dijo:

—Decídetes; i si te demoras, . . . . ¡lo uno i lo otro!

I se alejó. *(Aquí)*

En esto, habíamos llegado a Varenna, endonde solía hacerse estación. Cuando emprendimos de nuevo nuestro viaje, sonaban las siete de la noche. El buen cura las contó i dijo:

—Las horas nocturnas son mis amigas: cuando todo es silencioso en derredor, su voz me parece la de un amigo que me llama.

—Pero, agregaba yo, deseoso de volver a la historia, no las contarían tan tranquilamente aquellos de quienes hablabais.

—Concluiré, respondió. Sé bien que hoy gusta lo terrible i que lo buscan los lectores.



—Continuando, pues, os diré que cuando los esposos quedaron solos, el caballero trató de consolar a la jóven, de interrogarla, pero sin poder obtener de ella mas que jemidos i exclamaciones:

—¡Oh, padre mio, padre mio! ¡partid en el acto! ¡socorredlo! ¡ah, soi desgraciada para siempre!

La boda fué diferida, los vestidos de gala olvidados i todo el dia llorar i suspirar. El cielo parecia contribuir a la tristeza de Estella, porque habia sobrevenido una furiosa tempestad en el lago: los vientos cruzaban amenazadores, llovía con extraordinaria fuerza i los relámpagos i truenos se sucedian sin interrupcion. ¡Ai de la nave que la tempestad hubiera sorprendido en medio del lago!

Mil pensamientos venian a la imajinacion de Estella delante de la imájen del padre i del esposo, víctimas inocentes. Correr donde su padre, sacarlo de allí i huir con él, fué su primer pensamiento; pero el lago rujía amenazador i el camino de tierra estaba intransitable por el desborde de los torrentes vecinos.

Entre tanto, las horas pasaban i se acercaba la media noche, aquella terrible media noche en que la jóven debia elejir entre su padre i su esposo.

El caballero la rodeaba de exquisitos cuidados e intentaba inútilmente arrancarle el secreto. Un relámpago mas claro i prolongado que los otros mostró allá abajo una góndola tripulada por numerosos remeros i que vogaba con extraordinaria rapidez.

—¡Una góndola! exclamó él: ¿cuál sino una sola, podria aventurarse en el lago con este tiempo?

Estella en cuanto la vió arrojó un grito de desesperacion.

—¡Salvad a mi padre! le dijo.

—Pero, ¿de quién?

—¡De la señora! . . . . ¡Ai de mí! talvez he dicho demasiado!

La verdad saltó entónces a los ojos del caballero i exclamó:

—¡Estella, adios! voi a salvarla o a morir.

Él quiso alejarse, pero no pudo impedir que la jóven lo acompañara. Despues de haberse armado convenientemente, tomó una mula i, con la niña a la grupa, emprendió el camino por el sendero del monte.

No lo describiré; pero es fácil figurarse cómo seria a semejante hora, en aquellos sitios i con tal tiempo.

Cuando hubieron llegado cerca del bosque, echaron pié a tierra i comenzaron a descender hácia el valle donde vivia el padre de la niña.—¡Acaso dormia por última vez!

El corazon acelera sus latidos miéntras mas se aproximan a la cabaña.

¿Llegarán a tiempo?

Ahí está al fin la choza.

Estella se precipita palpitante i . . . . ¡su padre no estaba! . . . .

Entónces, a la luz de un relámpago, se vió en medio del lago



una góndola que avanzaba rápidamente en dirección al castillo....

Era en realidad la góndola de Isotta, que ya iba de vuelta.

¡Oh, caros oyentes míos! ninguno de vosotros conoce el placer feroz de la venganza; ninguno cuán tempestuoso es el tiempo que transcurre entre la deliberación i la ejecución de un crimen. Solo en esas circunstancias se hacen prodijios semejantes al que realizó Isotta con arrojarse al lago en medio de la tempestad. Una borrasca como esa dió coraje a su espíritu, de tal modo, que el peligro de la muerte le parecía nada comparado al placer de la venganza.

Pero, retrocedamos a algunos momentos ántes de que el caballero i Estella llegasen a la cabaña del anciano.

Isotta habia escojido los gondoleros mas experimentados i con ellos se habia dirijido al lugar donde vivia el viejo con el propósito de robarlo i retenerlo en prenda.

Cuando la barca se acercó a esa orilla, por fuerte i bien construida que fuese, amenazaba zozobrar; los mas avezados palidecian i un copioso sudor rodaba de sus frentes: Isotta tambien temblaba i, en medio de la ajitación de su espíritu, se decia:

—¡Si una ola me sumerjiera!.... seria extinguida; acabada esta ajitación de infierno; concluida la guerra entre yo i los hombres; ¡concluido todo!.... Pero, ¿será cierto que todo termina con la muerte?

I entónces aquella mujer permanecia con el espíritu largo tiempo ofuscado i confundido. No divisaba nada mas allá de la tumba i no creia en un poder divino. Se estremecia, se helaba su sangre, corria por su cuerpo el sudor de la angustia, apartaba la vista dirijiéndola de aquí allá; pero cuando ningun objeto llamaba su atención, se le presentaba viva la imájen espantosa de un porvenir desconocido. Entónces volvía los ojos a las olas i miraba los relámpagos sin conseguir por eso distraer su pensamiento.

A ese tiempo tocaban a la ribera; i dos hombres trajeron a viva fuerza al anciano i lo entraron a la góndola.

—¡Oh, señora, quien quiera que seais, que usais conmigo de violencia, exclamó él: recordad que vos tambien llegareis a vieja i que debeis morir!

—¡Calla, viejo imbécil! fué la respuesta de la señora.

Al oirla, todos callaron i emprendieron la vuelta.

Calmábase poco a poco la tempestad en el lago, pero crecia en el corazón de Isotta. Las palabras del anciano le habian llegado al alma.

—¡Sentirme vieja! ¡morir! pensaba aterrada.

I cuanto hizo por acallar el eco de estas palabras fué en vano.

En esos momentos escuchó un sonido vago, indeciso: era la campana de los capuchinos que, en el universal silencio, tocaba



tristemente anunciando al mundo dormido que una alma cristiana iba a dejar la tierra.

Cuando la oyó, el viejo se quitó el sombrero i recitó la oracion enseñada por Cristo, el salmo de la misericordia i las preces con que la Iglesia une a sus hijos, congregándolos en una misma oracion por el hermano que les precede a entrar en una vida sin fin.

Los remeros respondian a una voz; i aquel uniforme orar, única voz humana en esa vasta soledad, caia al corazon como suave rocío. Pero ¿al del malvado? ¿al de Isotta? . . . .

Quiso al principio imponer silencio; pero le faltó la voz. La idea de la muerte, el remordimiento del delito abrumaban su alma. No pudo resistir: ocultó la cara con las manos i rompió en un mar de lágrimas.—¡Estaba salvada!

Cuando llegaron a la orilla, ella fué la primera en saltar a tierra, i sin acordarse del viejo, que quedaba en la barca, se dirigió al castillo. Atravesó taciturna el vestíbulo, pasó la sala,—¡oh, recuerdos! i llegando a su gabinete, se arrojó a los piés de una Virgen que sostenia sobre sus brazos al divino niño, que, sonriente a quien lo miraba, parecia asegurarle que su oracion seria escuchada. Allí se postró, regó el suelo con su llanto i oró; oró implorando la paz de otros tiempos con oraciones, olvidadas desde largos años, pero que entónces volvieron a su memoria.

El caballero i Estella que llegaron a pedirle cuenta, se sorprendieron sobremanera al encontrarla a los piés de una Virgen i deshecha en llanto.

Toda ira enmudeció; mucho mas cuando Isotta se arrojó al cuello de Estella exclamando en medio de sollozos:

—¡Perdon! ¡perdon! . . . . ¡tu padre está salvo! . . . .

En ese momento daba la media noche.

Aquí el buen sacerdote calló i todos guardamos un religioso silencio. Así trascurrió una hora, al cabo de la cual, como continuando un pensamiento no interrumpido, una niña preguntó:

—¿I qué fué de Isotta?

—¿Isotta? exclamó el sacerdote como volviendo de una profunda meditacion. ¿Veis aquel terreno sobresaliente sobre un promontorio i allí un elevado edificio blanco? Es Dervio: allí habia un monasterio de arrepentidas descalzas. A él se retiró la señora para pasar el resto de sus dias en la austeridad, que es tan agradable a Dios como la inocencia.

—¡Oh! ¿por qué, dije yo, no se quedó entre los hombres para reparar con bienes el mal que habia hecho?

—¿Acaso he dicho que no hizo bienes? Sus obras de caridad en toda la provincia fueron innumerables.

Pocos dias despues, los esposos celebraron su boda, que bendijo el padre guardian del convento, i fué celebrada con placer, aunque sin estrépito, en el castillo.

No os pintaré yo la felicidad de los esposos: no es fácil describir la felicidad: ¡han sido tan pocos los que la han probado!



Tanto mas dichosos fueron cuanto que en esos dias llegó la nueva de que Polidoro Boldoni, hasta entónces perseguido, quedaba libre i recobraba todos los antiguos derechos por influjo del caballero Morone. En esa época el emperador Cárlos V, seguro del poder en el Milanésado, concedia el perdon a los rebeldes i restablecia la paz i el órden en Lombardia.

—Orden.... paz.... exclamaba yo, intentando conducir al narrador a otra historia. Pero el sacerdote nada me respondió; i tomando el breviario, a la luz del crepúsculo, comenzó sus oraciones al Dios de quien vienen el sufrimiento i el consuelo, el premio i el castigo.

Yo, por mi parte, volví al apacible silencio i a los sueños de la fantasía, gozando del inefable sentimiento que difunden los últimos rayos de la luna.

VICENTE AGUIRRE VARGAS.

---

## EL CAPITAN SAMBRUNO.

---

### I.

¡Felices dias aquellos en que el pueblo de Chile saboreaba los primeros frutos de su libertad! El jenio de San Martin acababa de obtener una gloriosa victoria en las alturas de Chacabuco i al ver los chilenos que sus cadenas estaban rotas, apénas acertaban a creer tamaña ventura.

—¡Ah! qué triste es vivir en un pueblo oprimido i esclavizado! nos decia un anciano que alcanzó a ver en su infancia los nefastos dias de Osorio i de Marcó. ¡Qué existencia la nuestra entónces! Cada hogar era una morada de lágrimas; el padre de familia estaba proscrito o jemia entre prisiones, la madre lloraba sin consuelo i los hijos apénas tenían pan. Los orgullosos vencedores nos miraban con desprecio, hasta los niños patriotas que concurríamos a la escuela nos veíamos humillados por nuestros propios compañeros pertenecientes a familias realistas. ¡Pero llegó un dia la noticia de la victoria de Chacabuco i todo cambió para nosotros! ¡Nunca veré entusiasmo igual ni alegría mas estrepitosa i espontánea en sus manifestaciones! ¡El noble i el plebeyo se abrazaban en medio de las calles, los niños gritábamos a las puertas de nuestras casas sonoros vivas a San Martin i a



la patria! ¡Por todas partes se veían rostros animados por el júbilo i el patriotismo! ¡La patria era para nosotros una deidad; las virtudes cívicas el incienso que anhelábamos quemar en sus aras!

¡Oh! el pueblo chileno era entónces mui feliz! Los que no hemos alcanzado esa época de gloria, no podemos sino mui remotamente comprender el gozo que animaba entónces el corazón de nuestros padres!

## II.

Pero en medio del jeneral alborozo que reinaba, dos hombres esperaban en un sombrío calabozo de la cárcel de Santiago la hora en que habían de marchar al patíbulo. Aquel día era el último en que verían ponerse el sol al través de los hierros de su prision. Al siguiente la mano de la justicia cortaría sin remedio el hilo de su miserable existencia.

Amargos i sombríos eran sus pensamientos; la esperanza les había cerrado sus puertas i, prontos a comparecer ante el inexorable tribunal de Dios, sus miradas se fijaban con horror en un pasado de sangre i de odios, cuyo peso oprimía dolorosamente su alma.

Pero entre estos dos hombres había una notable diferencia. El uno era un criminal vulgar i miserable, el otro un fanático sombrío; el primero estaba despechado i cobarde, el otro aguardaba la muerte con austera resignacion; blasfemaba el uno, el otro oraba en silencio; aquel injuriaba a sus jueces, éste no profería una sola queja por mas que repitiese que como prisionero de guerra no era justiciable ante los que lo condenaban a morir. El primero era el sarjento de Talaveras Villalobos, el segundo el capitán don Vicente Sambruno, el inexorable perseguidor de los patriotas, el terror de Santiago pocos días ántes....

Estos dos hombres, víctimas ámbos de un vuelco de la fortuna, i ámbos criminales aunque por distintos móviles, omnipotentes casi ayer, se veían de súbito en la mas miserable de las situaciones. Iban a morir i sus nombres pasarian a la posteridad, cargando las maldiciones de toda una jeneracion.

Si Villalobos temblaba ante el cadalso, Sambruno lo veía acercarse resignado, como si su vida no hubiera podido aguardar otro fin, como si se cumpliera en él el decreto de una fatalidad implacable contra la que era vano intentar resistencia.

Villalobos recordaba su poderío de pocos días ántes, sus sueños de ambicion, sus amores i sus placeres; Sambruno repasaba su vida, contando una a una sus faltas, recordaba la paz del convento donde consagró a Dios su primera juventud, sus oraciones, su fervor, las rudas i terribles penitencias a que allí se había entregado; en pos de su vida de monje se agolpaban a su mente los



recuerdos de su existencia de guerrero, la sangre derramada en la lucha, la que sin necesidad vertía despues de la victoria. Sus manos palpaban sangre, a sus ojos se ofrecian las sombras de sus víctimas i estas amargas memorias acibaraban sus últimos instantes.

Entónces se preguntaba con pavor si no le habria valido mas acabar sus dias orando en vez de recorrer el mundo para dejar en pos un nombre odiado en la tierra i hallar en el cielo mayor severidad en el Juez Supremo, ante quien iba a comparecer con tantos reatos sobre su conciencia?

—¡Oh! que al ménos me purifique mi fin! se habia dicho; i aceptando la muerte como una expiacion, se entregó sin reserva a la direccion del piadoso sacerdote que lo consolaba en sus últimos momentos.

Tal era la situacion de ámbos reos en el momento en que los presentamos en escena.

### III.

En un extremo del calabozo se levantaba un altar pobremente decorado. A la muribunda luz de dos cirios colocados en sendos candeleros de cobre, se veia un devoto crucifijo de vara i media de alto, obra de un escultor quiteño, escasa de arte en verdad, pero no falta de cierta expresion tierna i dolorosa que daba al rostro de la sagrada imájen un no sé qué que inspiraba confianza i amor al que murió en la cruz por rescatar a los hombres. Vista a aquella luz el crucifijo de que hablamos, infundia al corazon santos i piadosos sentimientos. Sambruno, que no apartaba los ojos de aquel improvisado altar, parecia pedir a los cielos la misericordia que no alcanzaba a esperar de los hombres.

Los dos prisioneros guardaban silencio; entre tanto los vivas a la Patria que sonaban fuera, llegaban de cuando en cuando a los oidos de los condenados, produciendo en su alma impresiones dolorosas, aunque de distinta índole en ámbos.

—¡Miserables insurjentes! exclamaba Villalobos al oir los gritos del pueblo. Hoi nos insultan i ayer no mas temblaban ante nosotros . . . .

—Calla, respondió Sambruno, calla i resígnate a tu suerte.

—Injusta suerte, ¡vive Dios!

—No es hora de lamentos, Villalobos, sino de prepararnos a morir como cristianos i españoles. Esos hombres que temblaban ha poco delante de nosotros, deben vernos subir serenos al cadalso que nos preparan.

—¡Pero morir así!

—No envilece el cadalso a los militares que saben morir con valor. Acuérdate que ese pueblo sediento de nuestra sangre,



piensa quizas hallarnos débiles i menguados en la última hora.

—¡Canallas!

—Acuérdate tambien que somos cristianos i debemos morir perdonando, respondió Sambruno con severidad.

—¡Bien se conoce que fuisteis fraile, don Vicente!

—Sí, lo fuí, dijo Sambruno con tristeza, i no debí nunca dejar el sayal que una vez vestí. Pero ¡ai! tenia pasiones demasiado ardientes i bajo el santo hábito que cargaba, latia demasiado estrecho mi corazon. ¡Qué quieres! Fervor de mozo, desengaños de la vida, qué se yo que fué lo que me llevó al claustro. . . . Allí pronuncié mis votos i no era feliz. . . . Mi alma enérgica sintióse de repente entusiasmada al oir los ecos del clarin que convocaba a los hijos de España a lidiar contra ese monstruo de ambicion, contra ese Napoleon, jacobino disfrazado que derribaba tronos i levantaba altares. Mi patria jemia opresa, llamaba a sus hijos con lágrimas, i no pude hacerme sordo a su clamor. Habia nacido para la guerra e inconsideradamente me alisté en la milicia de los altares. Dudé mucho ántes de abandonar mi convento, vertí lágrimas de sangre, jemi, oré pidiendo el auxilio de los cielos para vencer la tentacion de gloria mundana que venia a llamar a las puertas de mi santo retiro. Pero los cielos estuvieron sordos; talvez no supe invocarlos con el fervor de las almas puras, con la confianza del niño que se dirige a su padre. Llegó un dia en que me dije: ¡no puedo mas! Postréme ante el altar donde tantas veces habia pedido consuelo. . . . pedí entónces perdon de lo que iba a hacer. . . . i dos dias despues el fraile se habia trocado en soldado.

—Esa es la historia de muchos, interrumpió desdeñosamente Villalobos.

—Lidié, prosiguió Sambruno, como muchos otros hijos de España; fuí un leon en la pelea i ¡Dios me lo perdone! un tigre en la victoria.

—Eran franceses, eran enemigos alevosos de España los que inmolabas a tus furores, interrumpió Villalobos, irritado con los recuerdos que evocaba su compañero.

—¡Eran hombres! prosiguió con tristeza Sambruno, i yo me engañé en ellos. . . . pero ¡ai! ¡estábamos ciegos! ¡Dios mio! despues he estado ciego tambien!

—¡Ciego! repitió admirado Villalobos.

—Sí, ciego i mui ciego, porque seguí siendo cruel, porque traté a los insurjentes de América como a los soldados de Napoleon, el invasor de España.

—Eran rebeldes i todo se lo merecian.

—Sí, habian levantado bandera contra su lejítimo soberano; querian derribar un trono tres veces secular, alzarse los hijos contra los padres, hollar en un dia de delirio los sagrados lazos de la gratitud i la sangre. ¡Los insurjentes! Ellos olvidaban que nosotros trajimos a estas rejiones la luz del Evangelio i planta-



mos la Cruz donde se tributaba inmundos cultos al demonio;... todo lo olvidaban i yo queria refrescarles la memoria, reduciendo a esos ingratos al freno de la obediencia. ¡Ah! Villalobos, en los combates fuí un terrible enemigo; pero ¡a cuántos no he inmolado a mis furias, cuando débiles e inermes me pedian la vida!

—¿Te remuerde acaso aquello? preguntó Villalobos con sarcasmo.

—Sí, amigo mio, i ¡ai de tí en la otra vida si no lloras en ésta el asesinato de aquellos patriotas que inmolamos a pocos pasos de aquí!

—Querian sublevarse; justa fué su muerte.

—No tal, tú fuiste el que por medio de tus satélites les hiciste concebir falsas esperanzas.... ¿qué prisionero no ansia por la libertad? ¿quién no desea romper sus cadenas? Los infelices cayeron en el lazo, víctimas de tu astucia infernal!

—¿Soy yo acaso el solo reo de ese crimen?

—Tienes razon; yo tambien soy responsable porque no debí permitirlo. No inventé esa tramoya del infierno, no la inventé yo, bien lo sabes Villalobos; pero por mi desgracia no la impedí, ¡maldita sed de sangre! ¡malditos odios que así ennegrecen la conciencia!

—¿Es decir que ahora lo lloras?

—Sí.

—Pues, es tarde.

—Tarde, sí, para alcanzar piedad de los hombres; pero a tiempo para lograrla de la misericordia de Dios! He sido mui criminal pero espero ser perdonado en el tribunal del Juez Supremo.

—¿No habrá entre tanto un amigo que arriesgue la vida por libertarnos?

—Nó, Villalobos. ¡Estamos solos!

—¡Solos!

—¡Sí, solos! Nuestros amigos harto harán con salvarse a sí mismos. No esperemos en ninguno de ellos. Nuestro poderío, tan grande ayer, se ha disipado como se disipa en la atmósfera una tempestad de verano; hoy no nos resta otra cosa que pedir al cielo perdon de nuestros crímenes.

—¡Ah! ¿por eso hiciste llamar a ese fraile? ¿no te bastaba con el que teníamos? ¿era preciso traer acá otro de esos cuervos siniestros que anuncian la muerte con su presencia?

—El fraile a quien he mandado llamar, respondió Sambruno, tiene que perdonarme mucho en la tierra.

—¿Vas a pedirle perdon?

—¿I por qué nó?

—Eres débil.

—Quiero morir como un valiente, i para eso necesito morir como cristiano.

Villalobos lanzó al aire una carcajada infernal. Era aquella la



risa del réprobo que en la última hora de la vida osa todavía blasfemar de Dios.

#### IV.

Así conversaban los reos cuando se presentaron en el calabozo dos frailes de noble i venerable aspecto. Vestian el hábito de San Francisco que llevaron en América los grandes i eminentes prelados.

El mas anciano de los dos revelaba en su faz la santidad i la mansedumbre. El aspecto del otro era ménos austero, bien que no se notaba en él nada que desdijese de la santidad del sayal seráfico.

El fraile anciano llevaba el nombre tres veces venerable de frai Pedro Nolasco de Zárate; el otro se llamaba frai José Javier Guzman, i era entre los patriotas un mártir de sus ideas i para Sambruno una víctima en quien se habia ensañado cruelmente.

—¡Venis al fin, padre mio! exclamó Sambruno viendo entrar al padre Guzman.

—Sí, hermano respondió el relijioso, i seré mui feliz si puedo daros algun alivio en el apurado trance en que os hallais.

—¿Entónces me habeis perdonado?

—¡Nunca os tuve odio!

—¡Oh! ¡bendito vos! ¡no me odiabais cuando yo tanto os aborrecia!

—¡Qué quereis, hermano! interrumpió el padre Zárate; los hombres de guerra pueden guardar rencores i animosidades, nosotros los frailes no tenemos mas destino que perdonar.

El padre Guzman estaba profundamente conmovido. Sus ojos, anegados en lágrimas, revelaban mas de lo que hubiera podido decir en un largo discurso.

—Padre, continuó Sambruno, os he llamado para pedir os perdon, pues sois la persona a quien mas he perseguido en Chile. (1)

—¡A mí! exclamó sorprendido el franciscano.

—Sí, os odiaba, porque vos, en el púlpito i en el ejercicio privado de vuestro ministerio, erais el apóstol de las nuevas ideas que ¡plegue al cielo no traigan la ruina de esta hermosa tierra!

—La libertad i la independendencia nos traerán la dicha, respondió Guzman, picado en su orgullo de patriota.

—Dios unje a los reyes i los envia para caudillos de sus pueblos, i la caida de los tronos trae en pos la de los altares, dijo Sambruno.

—No lo temais, don Vicente; respondió el relijioso mas sereno. El cristianismo es la obra de Dios i sobrevivirá a la caida de todos los tronos. Ademas, Dios envió a Israel los reyes como un

(1) Histórico.



castigo por su poca sumision a los profetas que en su nombre lo gobernaban.

—¡Cuidado, padre mio, cuidado! Mirad que el trono es i será siempre una institucion divina, establecida no, como decis, para el castigo, sino para felicidad de los pueblos. Un dia, como aquí ahora, se llamó en Francia verdugos i tiranos a los unjidos del Señor. Hombres impíos i sin lei llevaron su mano sacrílega sobre el hombre virtuoso que gobernaba a sus pueblos como un padre a sus hijos. Era yo jóven i cuando oí referir con espanto que habia rodado en el patíbulo la cabeza de ese rei mártir, me estremecí todo, no pudiendo comprender cómo el cielo no destruia con sus rayos esa nacion rejicida manchada con la sangre del mas justo de los hombres. ¡Ah! los que habian derribado el trono borraron el nombre de Dios de sus leyes, quemaron los templos i degollaron a los ministros del Evangelio; con el trono cayó el altar, i este doble sacrilejio trajo a la Francia el mayor de los castigos. Esa manada de lobos rabiosos, hartos ya de derramar sangre inocente, faltos ya de víctimas que inmolar, comenzaron a devorarse los unos a los otros i las cabezas caian i la sangre corria a torrentes, las teas incendiarias abrasaban cuanto habia quedado en pié, i ninguno de esos ciegos veia en eso la mano que los heria porque habian olvidado hasta el nombre de Dios. Frescos están los hechos, padre mio; i el mismo castigo aguarda a los que abandonan a sus reyes, a los hijos ingratos que reniegan de sus padres.

Sambruno hablaba con voz alterada; su rostro amoratado revelaba la emocion que dominaba su alma fanática. Habia tal conviccion en su acento, que ninguno de los dos frailes se atrevió a interrumpirlo, temeroso de exacervar la indignacion que lo devoraba.

El padre Guzman, como mas jóven i patriota mas exaltado aun que su compañero, rompió al fin el silencio que habia seguido a estas palabras de Sambruno, respondiendo a ellas con acento firme aunque lleno de evanjélica moderacion.

—¡Por Dios, don Vicente, no nos equipareis a los revolucionarios de Francia, a esos hombres impíos que comenzaron su obra de destruccion negando a Dios i destruyendo su culto! Los republicanos de América guardaremos incólume la fé de nuestros padres, sabremos mostrar al mundo que para ser cristiano no es necesario doblar la rodilla ante un rei, i probar a los adoradores del derecho divino que la república es el gobierno que mejor se aviene con las máximas del Evangelio.

—¡El porvenir lo decidirá! respondió Sambruno con voz apagada i lúgubre.

—A él me remito.

—Vos sois jóven i os queda vida para ver si me engaño o nó; yo, pobre de mí, tengo contados mis momentos demasiado preciosos para perderlos en inútiles discusiones. No hai ya tiempo



para que ninguno de los dos convenza al otro; yo moriré fiel a mi rei, servid vos a esa patria que ahora creais, no sé si para bien o para desgracia de estas bellas rejiones. Servidla como hombre, servidla como ministro del altar, cumplid, en fin, vuestra mision en la tierra, mejor que yo he cumplido la mia. Habéis venido a mis ruegos, añadió conmovido, i ya puedo morir tranquilo. ¡Ai, padre! bien puedo deciros en este instante supremo: nadie os hizo tanto daño como yo, pero vos ¿no es verdad que me habeis perdonado?

—¡Hermano mio! exclamó el padre Guzman tendiendo sus brazos a Sambruno.

Pero el altivo español, el cruel i fanático capitan de los Talaveras, no respondió a esta fraternal i amorosa invitacion, estrechando contra su pecho al que tan de veras le abria los brazos. Cristiano humilde ante todo, no quiso dejar una duda sobre su arrepentimiento i se postró en tierra para besar los piés del franciscano, que en valde quiso sustraerse a esta manifestacion.

—¡Oh! levantaos, don Vicente! exclamó el padre bañados los ojos en lágrimas.

—No me levantaré sin que ántes me hayais bendecido.

El fraile bendijo a Sambruno, atrayéndolo despues con la mayor ternura a su pecho.

—Yo fuí, prosiguió Sambruno, el que os hizo salir moribundo de Rancagua; yo el que os confiné al sombrío e insalubre convento de San Pedro Alcántara, yo, en fin, el que os procuró tan malos tratamientos de parte de vuestros mismos hermanos en relijion, a cuya guarda os confié en Chillan. De cuanto mal os ha acontecido en los últimos años, yo he sido la única causa.

—¿A qué hablamos de eso cuando todo lo he olvidado?

—¡Sí, olvidado para siempre! exclamó entusiasmado el padre Zárate confundiendo en estrecho abrazo al infortunado Sambruno i a su amigo i compañero de relijion;—olvidado para siempre!

—¡Así olvide Dios mis grandes pecados! respondió Sambruno.

Excusado es deciros, añadió Guzman, que estaré con vos hasta vuestra última hora.

—¡Gracias, padre mio, gracias! pero ya no nos volveremos a ver en la tierra. Vuestra presencia en mis últimos instantes seria un dolor mas, pues me recordaria que ya es tarde para resarciros el mal que os he hecho. Recordadme, sí, en vuestras santas oraciones.

—No me olvideis tampoco en las vuestras don Vicente.

—Pobre pecador ¿qué puedo prometeros?

—Dios os llama a su reino, capitan Sambruno, i estareis en buen lugar, dijo Zárate. Mas que cruel, habeis sido un alma extrañada.

—Cruel no era; *me perdió un celo excesivo*, (2) un sentimiento

(2) Histórico.



exajerado de lealtad hácia mis reyes. Al fin Dios me ha de juzgar, i él tendrá compasion de mí.

Un cuarto de hora despues el padre Guzman se despedia de Sambruno i Villalobos, que mudo testigo de esta escena no habia desplegado sus labios en toda ella. Zárate pasó la noche en compañía de los reos.

Cuando al dia siguiente marchaban al patibulo estos dos famosos españoles, el sanguinario Villalobos distaba mucho de la serenidad que demostraba su compañero. Al salir de la cárcel, repetia las palabras con que despidiera el dia anterior al padre Guzman:—“*¡Un excesivo celo me ha perdido!*”

ENRIQUE DEL SOLAR.

---

## SOLA I TRISTE.

---

Caminito de la playa  
Sola i triste va la niña  
Canta amores, llora ausencias  
    !Pobrecita! ¡Pobrecita!  
Ni en sus ojos hai contento,  
Ni color en sus mejillas,  
Ni en sus labios purpurinos  
Se estremece la sonrisa.  
En la senda la mirada  
    Lleva fija.

Ni los trinos de las aves,  
Ni el susurro de las brisas,  
Ni las nubes, ni las flores,  
Ni las aguas cristalinas  
Lenitivo son al llanto  
Que derraman sus pupilas.  
No ve nada, nada escucha.  
Sola i triste va la niña.  
Canta amores, llora ausencias  
    ¡Pobrecita!

Ya la arena de la costa  
Con su planta breve pisa,  
Ya sus formas se dibujan



De las aguas en la orilla  
I en su torno leves dejan  
Las espumas blancas cintas.  
Se detiene, mira al cielo  
Que retratan sus pupilas  
I en el borde de las ondas  
Se arrodilla.

Reza i llora, ni una queja  
Por sus labios se desliza.  
Pasajero, ten la marcha  
Calla, escucha, piensa, mira.  
Que quien sufre por amores  
I en sus penas se resigna  
Por la senda del martirio  
A la gloria se encamina.

.....  
.....  
Por la arena de la playa  
Sola i triste va la niña.  
Dios bendice los acentos  
Que suspira.

Santiago de Chile 1876.

FEDERICO CERVI CAMPASOL.

---

## JUAN DIENTE.

(A MI QUERIDO AMIGO CALIXTO AVENDAÑO.)

---

En estos calamitosos tiempos que alcanzamos, i digo así porque se me ha ocurrido que si todos les dan algun epíteto ingrato, no encuentro para que yo me quede atrazado i no les cuelgue el mio aunque me parezca un desatino; en estos tiempos, pues, no sé porqué a la jente se le ha puesto en el meollo que no son los amigos como debieran, sino tan celosos de la honra i engrandecimiento del prójimo i tan benéficos para poner de manifiesto las cualidades que adornan su sér moral, como la langosta que deja



en descubierto la sábia de los árboles, comiéndose la corteza que la cubre por su propia conveniencia; i que es preciso, por consiguiente, no olvidar jamas aquella estrambótica máxima de La-Rochefoucault, que dice: "Trata a tu amigo como si algun dia hubiere de ser tu enemigo," la cual no resiste sin desaparecer, algunos momentos de exámen porque expresa en su principio i su término dos cosas que nunca podran avenirse bien puesto que son incompatibles.

Raras veces falta un majadero que lo hostigue a uno i lo saque de sus casillas, dale que le darás repitiendo:

—"Cuento con los amigos."

—"En amigos pocos i buenos."

—"Prefiere tener confianza en tu mas feroz enemigo que en el amigo hipócrita que te da cariñosamente la mano i te adula en tus barbas i a punto seguido se mofa de tí en cuanto has vuelto las espaldas."

—"Guárdate, Pedro, de la pedrada de tu concinera, que ella sabe donde tienes la postemilla i ha de acertarte una mui fiera."

Uno habla aquí pestes de los amigos, otro allá, acullá otro; en fin, una cáfila de majaderías capaces de acabar con la paciencia . . . . no digo de Job porque me quedaria corto.

Si tratamos de indagar concienzudamente hasta qué punto la jente tiene razon en esta materia, no dejaremos de reconocerle alguna.

Los amigos son los que tienen cabal conocimiento de nuestras acciones, de nuestras palabras, de nuestra vida toda; i por tanto, los medios mas fáciles para denigrarnos cada vez que se les antoje, si sucede que son unos bellacos; pues, conociendo nuestra vida, conocen así mismo ciertas flaquezas de que el hombre a menudo se ve presa apesar de su buen sentido i de su voluntad que a ellas se opone, i que no siendo otra cosa que lijeros defectillos, son fáciles de ser abultados por la malevolencia de los pillos.

Sin embargo, esta razon contra los amigos no vale sino para determinada clase de jente: para aquella que encuentra en sí un buen número de bribonadas de que arrepentirse; i bien se comprende que no debemos tener por consejero a la de tal calaña, pues está mejor para recibir que para dar consejos.

Tomemos ahora en cuenta otra razon contra esa especie de desconfianza hácia los amigos.

La jente llama misántropo al individuo que, del trato de la sociedad cansado, se aparta con su propio hastío a la soledad para reirse de los hombres a sus anchas. I si los amigos son tan perniciosos, como se dice, ¿qué causa habria, siquiera un tanto aceptable, para motejar con ese desprecio a un sujeto de tan sano juicio que se esconde con tiempo de ellos?

Ademas, el hombre es naturalmente sociable, lo que no necesitamos probar por estarlo ya superabundantemente; debe, pues,



estar en la sociedad i tener ahí amigos so pena de verse obligado en el caso contrario a finjir de continuo amistades que está mui léjos de cultivar con sinceridad o deferencias que está mui distante de sentir; a ser un hipócrita redomado; i entónces llegamos a sacar por consecuencia que todos los hombres son hipócritas, lo cual está tan léjos de suceder, como el que esto escribe de aborrecer a las buenas mozas o de salir a la calle como su madre lo echó al mundo.

El principio a que yo arribo es que no debemos temer a los amigos, sino mucho a nosotros mismos, que somos la causa primera de nuestras desgracias.

Ved con cuanta satisfaccion el hombre honrado que nada tiene que reprocharse, que ninguna accion encuentra en su vida que se le pueda enrostrar como mengua i vilipendio, ved con cuanto cariño i lealtad tiende la mano al amigo: ved que mañana ese amigo tan francamente acojido le lanza una pública calumnia. ¿Creeriais que ese hombre de bien se ha inquietado? No tal. Ved lo que dice:

—“¡Cuánto siento que ese infeliz sea digno nada mas que de la tacha de falsario i calumniador! ¡Ojalá Dios le perdone como gustoso lo hago yo!”

I sin trabajo ni rencor, su corazon tranquilo olvida al instante a la víbora que ha tratado inútilmente de morderlo.

Ved ahora al hombre indigno del título de caballero que la jente le da porque ignora las malas acciones que él ha sabido ejecutar con sigilo; ved sus reflexiones al encontrarse con sus amigos:

—Estos bribones me conocen: felizmente yo los conozco bien a ellos, i si algun dia se les ocurriere la mala idea de descubrirme, habremos de ver quién descubre mejor las bribonadas de quién.

I se llega a ellos con el recelo en el corazon i con la finjida risa en los labios, ocultando sus malignos pensamientos, así como oculta el presidario fugado, bajo un flamante gaban, la marca infame que al fin ha de delatarlo.

Ved las reflexiones mentales de los amigos que lo reciben:

—¡Ah! malvado, quien no te conozca que te compre; nos conoces pero te conocemos.

No hai deuda que no se pague, ni plazo que no se cumpla, i el plazo de la hipocresía ha llegado a su término.

Un dia cree uno de esos amigos estar seguro de que a él no podrán descubrirlo i, presidario tambien, arranca el gaban al hipócrita i muestra la terrible marca.

La máscara ha caido i se ve la corrupcion.

El desenmascarado no puede defenderse i a su vez descubre con vileza al que se creia inmune.

Tan cierto es que los pícaros se confunden mutuamente; tan cierto es que el hombre honrado no tiene por qué, ni debe temer



a los amigos; tan cierto es que lo que debemos temer son nuestras acciones propias.

Todo esto no quiere decir, sin embargo, que el hombre honrado, so pretexto de que no tiene nada que temer de los amigos, se ponga a jugar como chiquillo a la *gallinita ciega* i al primero que pille le eche encima el título de amigo, i le conceda las prerrogativas de tal, nó: eso seria cometer una insensatez de marca mayor, una ridiculez injustificable; podria suceder que se atrajera la compañía de un farsante, i hai que tener respeto por la frase familiar de: “Dime con quien andas te diré quien eres” que desgraciadamente ha nacido de la maldita propension del prójimo a juzgar mal del prójimo con preferencia a bien.....

Tales eran los pensamientos acerca de los amigos, que hace algun tiempo leia yo con sumo placer en una carta mui cariñosa de mi inolvidable maestro i compañero Juan Diente, cuya amistad me servia de honra i provecho a la vez, i que hoi no me es dado cultivar, pues dichoso o infeliz, él salió de este mundo en el *coupé* de los que se van, llamado unánimemente ataud, para ir a conocer el término de su carrera.

Hoi he querido rendir un testimonio de gratitud al que siempre que pudo estuvo a mi lado i principalmente en los momentos en que era preciso detenerme en el mal camino de las ideas extravagantes, sin aguardar otro mayor premio que verme hecho hombre por sus enseñanzas.

No alcanzó en esta terrenal vida lo que esperaba, i ello fué causa de profunda pena cuando oyó que le tocaban su hora en el reloj anunciador de nuestra libertad; hora que los séres han dado en llamar *muerte*, asociándole ideas tristes, jemidos, llanto i pavor, i que Juan Diente llamaba la hora de la verdadera vida.

La mundana para él no era otra cosa que una horrible pesadilla comenzada en el instante en que el alma se duerme, es decir, al punto de nacer el individuo; continuada en el momento en que puede decirse principia: cuando creemos llegar al uso de la razon; i cuyo término está a la hora del despertar, cuando en la última convulsion de la agonía nos encontramos en nuestra verdadera patria.

Ese testimonio de reconocimiento son estas líneas trazadas por la tosca pluma que tantas veces guió; líneas en las que ya he comenzado a dibujar algunos rasgos de su carácter, i que me ha parecido bien encabezarlas por esos pensamientos suyos sobre los amigos que son fiel imájen de su alma grande i noble, apeteecedora de la verdad en donde quiera se encontrase, sin distincion de partidos políticos ni de sectas.

Juan Diente: tú ya vives la verdadera vida. No sé si me ves, no sé si me oyes; mas si ello sucede, dispénsame que me haya atrevido a ensalzarte, cuando conservo el imperecedero recuerdo



de tu modestia que te hacia despreciable cualquier elogio a tu persona por muy justo que fuera.

Yo estoi aun continuando mi pesadilla, aun no he despertado como tú, i me siento impulsado a tratar de tus méritos.

Nació Juan Diente, i esto no es raro, con los ojos abiertos, creció como todos crecen, vivió como viven pocos i murió como no muere ninguno, murió sin haber cambiado de ideas en tiempo alguno, ni por mujer o macho, ni por el oro.

Por lo primero dió el laudable ejemplo de que el hombre de convicciones arraigadas debe mantenerlas i acatarlas; pues el que a mujer cede, es mas débil que mujer, i el que a hombre, es el mas despreciable de todos; porque si quien insta es un miserable, es un canalla el que cede. Por lo segundo, dejó bien probado que todavía existen sujetos que tienen a gran mengua ser mercaderes de ideas.

¿Qué elogio digno podria hacer de él que no fuera pálido, ante la realidad de lo que fué esa figura en cuanto a intelijencia i nobleza? ¿Decir que fué bueno? ¿que fué notable? ¿que fué ilustrado? ¡Ah! nó; eso no basta. Hai algo mas grande, mas sublime que mi mente apénas concibe, que mi pluma no puede escribir.

Ese hombre jamás debia de haber muerto para consuelo de los que poseen las virtudes de que el fué emporio, pero murió, i murió jóven.

¡I tanto truhan que llega a viejo!

Ese hombre era lo que hoi llaman orijinal muchos que ocultan la cola en los pantalones para que no llegue a descubrirse que son animalitos de Dios, i a quienes si no les salen cuernos en la frente es por pura misericordia divina.

Cuántos años estuvo en su pesadilla terrenal imposible seria decirlo con fijeza, porque jamás pude saberlo de él mismo. Decia:

—El mundo ha dado en poner edad a la pesadilla en que está envuelto, pues póngame la que le parezca.

Diez o quince años mas no le importaban un ardite.

Era indiferente para él este asunto, i recuerdo que se reia de la mala idea de cierta clase de jente, que pretende a toda costa ser retrógrada en edad en este favorecido siglo XIX, en que progresan a la par las ciencias i las artes liberales.

Recuerdo que Juan Diente, contándome algunas peripecias a que daba efecto la manía de disminuirse la edad, me referia algunos casos.

Hé aquí lo que a mí me ha sucedido.

Don Timoteo, caballero respetable por su trato, sus maneras i sus canas, preguntado por mí indiscretamente, lo confieso, acerca de su edad, me contestó un si es no es confundido:

—Mire Ud. . . . yo . . . no puedo tener arriba de . . . cuarenta años . . . cuarenta años . . . sí.

Por poco mi pícara lengua no le largó aquel terrible: "En cada pata" de nuestros campesinos.



—Voi a sacarle a Ud. la cuenta cabal, prosiguió don Timoteo. En *tal* acontecimiento ocurrido en fecha *tal*, tenia yo veintitres años; desde entónces han pasado diezisiete.... pues justamente.... tengo cuarenta.

—Pero, señor don Timoteo, el acontecimiento que Ud. indica tuvo lugar años ántes de la fecha que Ud. le ha designado.

—¡Qué sabe Ud. hombre, si en aquel entónces apénas si estaba Ud. en la mente de Dios....

—Pero señor, la historia lo dice.

—¡Eh! quite allá con su historia.

Hé aquí otro caso de nada envidiables consecuencias.

Don Toribio era el nombre de cierto sujeto que usaba peluca o *tapa-calva*, como quiera llamársele a esas abundantes cabelle-  
ras artificiales que tienen buena demanda, i de cuyo despojo se querellarán algun dia los muertos.

Don Tiburcio usaba un *tapa-calva* negro i bien trabajado; bigote usaba tambien, mas no postizo, i se ostentaba rubio apesar de que el semblante del caballero estaba como encarrujado, con altos i bajos, crestas i precipicios.

Cuando le indicaban que el bigote parecia no tener la edad correspondiente al rostro en que se encontraba, él semi-distraido decia:

—Qué quiere Ud.... el trabajo i las fatigas han arrugado mi cara i no la vejez, por eso no se me ve cano el bigote.

I uno se quedaba pensando en sus adentros:

—¡Con qué arte se lo pinta!

Fué el caso de que un dia creyó don Tiburcio que la peluca que acostumbraba llevar no era peluca ni cosa parecida i sí una cabellera natural de su desprovisto cráneo.

¿Qué sucedió?

Que al poco tiempo comenzaron a aparecer mechoncillos blancos, que don Tiburcio habia descuidado cortar convenientemente, por debajo de la peluca, i la jente decia:

—Vean, vean como está criando canas el *tapa-calva* de don Tiburcio.

I héteme aquí que se puso en ridículo.

Mas no fué esto todo.

Como se teñia el bigote para ocultar su verdadera edad, en una ocasion, despues de lavarse la cara, no se acordó de volverlo a poner rubio; de modo que de repente el bigote de don Tiburcio apareció blanco, bien blanco en las partes en que del todo habia salido el color i rubio en las otras.

Nuevas burlas i chanzas por este percance ocasionado por la necia pasion de aparecer de poca edad.

Mi amigo Juan Diente estaba a cubierto de tales chascos. Tanto le daba que lo hicieran de poca como de mucha edad. Sin embargo, alguna vez le oí decir:

—Prefiero que me pongan de mas, que si sobra podemos des-



hechar, miéntras que faltando no tenemos siquiera lo necesario.

Tal era su lójica.

Jeneroso i humanitario, jamas se burlaba de los defectos propios de un individuo, sino de todos en jeneral, designando igualmente los remedios que se debian usar para poner al mal un atajo seguro.

¡Con cuánto gusto escuchaba yo de su boca la lectura de algunas “Cartas trascendentales” de Castro i Serrano i las reflexiones que acerca de ellas hacia!

Mui sensato le parecia el siguiente párrafo de ese escritor, que se encuentra en la carta dirigida a la señora de Lopez:

“Principia Ud., señora, por decirme que es mui fácil poner faltas a todo, pero mucho mas difícil indicar el remedio. Tiene Ud. razon sobrada: i este achaque de que Ud. me moteja es cabalmente el cáncer de la época actual. Háse extendido i se arraiga mas cada dia la costumbre de desmoronar lo que mal o bien se mantiene derecho sin que nadie se tome el trabajo de poner puntales a lo que se derriba, ni de hacer presupuestos de reedificacion.

“Apénas apunta el bozo en la mandíbula de un muchacho aplicado; apénas habla sin tropezarse i escribe de corrido, cuando ya se lanza a periódicos i academias tronando contra todo lo que ve, contra todo lo que oye i contra todo lo que existe—para lo cual hai siempre datos de sobra porque en todo lo que existe, en todo lo que se oye i en todo lo que se ve abundan los defectos;—i ese muchacho adquiere popularidad, prestigio i hasta renombre cuando bien mirado no es otra cosa que un albañil científico, literario, político o social; es decir, un peon de palanqueta que tan distante se halla del arquitecto o ingeniero como Ud., señora Lopez, de cantar misa.”

Al terminar estas pocas líneas dedicadas a la memoria del maestro, del compañero tan querido, haré presente que era de una modestia llevada hasta su último grado i que al morir me legó ¡rasgo admirable de su amistad! todos sus importantes papeles, dejándome mui encargado que hiciese mias las ideas contenidas en ellos, i que nunca ni por ningun caso los hiciera aparecer a la luz pública con su nombre.

Santiago, Enero 21 de 1876.

ANTONIO ESPÍÑEIRA.





## JOSE MARMOL. (1)

(CRÍTICA BIBLIOGRÁFICA.)

### I.

Intento por medio de este artículo dar a conocer un volúmen de poesías que días há recibí i que he leído con algun detenimiento, deseoso de saber algo mas de lo que acerca del célebre poeta Mármol sabia. El aplaudido autor del inspirado canto *A Rósas*, mas que con tinta escrito, con un hierro candente estampado en la frente del tirano, goza de fama, no sólo americana, sino tambien europea; i pues en Europa se ha impreso el libro de que hablo, paréceme conveniente ver de qué manera ha llevado a cabo el editor su obra, i examinar si en la coleccion aparece el autor tal cual es, con toda su grandeza i todos sus defectos.

Mármol es uno de los poetas sud-americanos mas justamente celebrados, i algunas de sus poesías son dignas de los mas preclaros ingenios españoles contemporáneos, por la viveza i el atrevimiento de sus imájenes, la enerjía de su expresion, la elevacion del pensamiento, no ménos que por la robustez i sonoridad de sus estrofas. Popular es en toda la América española i el célebre canto que dejo mencionado, hasta los niños lo repiten, porque basta leer una sola vez las dantescas imprecaciones de que está salpicado para que queden grabadas en la memoria ménos feliz. No hubiera escrito un solo verso mas, i esas magníficas estrofas, en que brilla con lujosa esplendidez riquísima inspiracion, le darian derecho a figurar entre nuestros mas afamados vates. Por lo que a mí toca, injénuamente confieso que jamás he podido leerlas o recitarlas sin sentir mi pecho ajitado por la tempestad de volcánico ódio contra la tiranía i los tiranos; que nunca han llegado a mis oidos esos nobles i patrióticos acentos sin que se haya despertado en mi espíritu la mas viva i ardiente admiracion por el gran patriota que, en la flor de su edad i cuando acababa de desplegar las alas de su vigoroso númen, vióse arrastrado a oscuro calabozo, porque, como el mulato Plácido, amaba la libertad del suelo en que vió la luz primera; i allí encerrado, desafiaba la rabia i el furor del tirano escribiendo en las sombrías paredes que le rodeaban esta valientísima apóstrofe:

(1) OBRAS POÉTICAS I DRAMÁTICAS de José Mármol, coleccionadas por José Domingo Cortés, caballero de la órden de la Rosa del Brasil.—Paris, Librería de A. Bouret e hijo, 1875.



Muestra a mis ojos espantosa muerte,  
Mis miembros todos en cadenas pon:  
¡Bárbaro! nunca matarás el alma  
Ni pondrás grillos a mi mente, nó.

Quien este cuarteto escribía, tenía solo veinte años i ya había apurado el amargo cáliz de la persecucion. Había nacido liberal i poeta, i su alma jenerosa padecía al sentir sonar las cadenas que el despotismo de Rósas arrojaba sobre la altiva *emperatriz del Plata*, mientras la juventud argentina dejaba los patrios lares para comer en extrañas playas el pan amargo de la proscripcion.

El despotismo odia los grandes ingenios, como si presintiera que en ellos ha de encontrar poderosa valla para sus sanguinarios caprichos.

---

Nació Mármol el 4 de Setiembre de 1818 en la ciudad de Buenos Aires i perteneció por tanto a esa noble jeneracion de escritores, tribunos i poetas que durante una larga série de años minaron con la pluma o con la espada, desde el destierro o en los campos de batalla, la sangrienta tiranía de Rosas: fué contemporáneo de Echeverría, Rivera Indarte, Gutierrez, Dominguez, Varela, Alberdi i otros patriotas ilustres. Desde las aulas comenzó su lucha tenaz contra la tiranía, lucha que sólo terminó con la batalla de Monte Caseros, en que el pueblo argentino hizo trizas las cadenas con que Rósas le oprimía; i él, como Florencio Varela, quería, ante todo, “hacer conocer la verdad, para que el mundo comprendiera el sistema antisocial, irreligioso, aniquilador de todo principio de órden i de prosperidad que representaba don Juan Manuel Rósas; atraer sobre ese coloso del crimen la reprobacion de todos los hombres honestos i veraces, de todos los gobiernos civilizados i cristianos; promover contra él una liga de reprobacion universal, que le marque como declarado enemigo de Dios i del jénero humano; que le declare tiránico usurpador de un poder que no es suyo, i le retire las consideraciones i el trato de que solo son dignos los hombres i los gobiernos que respetan la lei universal: una liga de civilizacion i de humanidad que rescate esa mísera capital de Buenos Aires, esos desolados pueblos argentinos, de la sima sangrienta que va cegando con cabezas humanas; i quebrante en las manos del público asesino el puñal con que amenaza i aniquila.”

Mármol estudió alternativamente en las escuelas de Buenos Aires i Montevideo, en la patria i en el destierro.

La flor de sus mejores años la pasó en suelo extranjero i desde allí lanzaba sus terribles apóstrofes contra el gaucho Rósas. Desde Montevideo tiró al rostro del tirano su *Amalia*, que es todo un poema lleno de colorido i de vida en que se retratan con



admirable pincel las miserias de un pueblo que jime bajo la planta de un déspota brutal.

*Amalia* fué publicada por primera vez en el periódico *La Semana* i apénas principi6 a circular en Buenos Aires, R6sas la prohibi6 bajo sever6simas penas. Le6asela, no obstante, a hurtadillas i esas brillantes p6ginas contribuyeron no poco a mantener vivo e inextinguible i con fuego siempre creciente el odio a la tiran6a. La pluma del poeta sabia convertirse en afilada espada que despedazaria las entra6as del tirano.

*Amalia* ña sido traducida en aleman i en frances, i plajada con inaudito descaro por un escritor que goza de buena reputacion en Europa: M. Aymar. La audacia es tanto mas grande, cuanto que la celebrada obra de M6rmol es, como queda indicada, en Europa conocida.

M6rmol, que no podia luchar con la espada, hacia guerra sin tregua con su pluma a la tiran6a. Fund6 peri6dicos, que siempre redact6 con brillo i valentia, i colabor6 en otros. Su actividad estaba a prueba del cansancio i la fatiga: crecia con su 6dio a los d6spotas i su amor a la libertad. Escritor, poeta, tribuno, no permanecia ni un solo momento ocioso, i su palabra i sus escritos encendian en entusiasmo el pecho de los patriotas arjentinos que luchaban heroicamente en los campos de batalla, hasta que brill6 la aurora del dia feliz que presenci6 la gran victoria de Monte Caseros.

En 1844 M6rmol decidi6 recorrer las Rep6blicas del Pac6fico i se embarc6; pero tuvo que detenerse en mitad del camino i volver proas h6cia el Brasil. Estableci6se ent6nces en Rio Janeiro, donde continu6 su activa propaganda contra R6sas.

En el mar escribi6 *El Peregrino*, magn6fico ramillete de poes6as l6ricas que a6adieron un nuevo laurel a su corona de poeta inspirado, audaz i grandioso. Su magn6fico canto a la luz de los tr6picos es una de las pocas composiciones en que se pinte la v6rjen i espl6ndida naturaleza americana a la manera que la habia pintado ya Echeverr6a en su famosa *Cautiva*.

Despues de veinte a6os de destierro, volvi6 M6rmol a su patria i entr6 nuevamente a la prensa. Fund6 i redact6, entre otros peri6dicos, el *Paraná* i el *Uruguay*.

Escritor fogoso, dial6ctico h6bil, orador brillante, ocup6 en su patria puestos distinguidos. Fu6 varias veces Ministro Plenipotenciario en el Brasil i el Uruguay i figur6 como miembro de la Lejislatura Provincial i el Congreso Nacional, donde di6 siempre muestras de vasta ilustracion al par que de un esquisito tacto pol6tico.

Desempe6 tambien el honroso cargo de Director de la Biblioteca Nacional.

En los 6ltimos a6os de su vida, como Milton, perdi6 la vista. Su esp6ritu jeneroso i abnegado se abati6 un tanto i su inspira-



cion, léjos de haber adquirido mayores fuerzas, parece que perdió una parte de su vigor i esplendidez.

Tenia sólo veinticinco años cuando escribió el famoso canto *A Rósas*.—*El 25 de Mayo de 1843*, de que ya varias veces he hablado i hablaré todavía después: i el soplo de solas veintiseis primaveras habia acariciado su frente cuando llamó la atención de propios i extraños con la publicación de *El Peregrino*, poema en que, como dice el afamado historiador i poeta arjentino Dominguez, “están concentrados todos los sentimientos del alma arjentina en aquella época.”

---

José Mármol murió el 9 de Agosto de 1871, a consecuencia de una enfermedad al corazon, i la sociedad entera regó su féretro con lágrimas.

La noticia de su muerte llegó al Congreso arjentino, de que era miembro, cuando éste celebraba sesion. Como una prueba de dolor por la gran pérdida que acaban de experimentar las letras americanas i la patria, la sesion se levantó inmediatamente.

El Gobierno, por su parte, ordenó que los edificios públicos mantuviesen todo el dia las banderas a media asta i que una salva de artillería anunciase la salida del fúnebre cortejo de la casa del ilustrado poeta.

A las 12 del dia 11 de Agosto los restos mortales de José Mármol fueron trasladados al cementerio, seguidos de uno de los mas numerosos concursos que haya visto jamás Buenos Aires en estas fúnebres ceremonias. Rodeaban el féretro una comision del Gobierno i la Cámara de Diputados, que asistió en cuerpo.

Al borde de la tumba que iba a encerrar el frio cadáver del que con sus cantos hizo durante varios años palpar tempestuosos los corazones arjentinos, pronunciaron sentidos elojios don Bartolomé Mitre, a la sazón Presidente de la República, i el señor Dominguez, su Ministro de Hacienda.

Hé aquí como principiaba su discurso el señor Dominguez:

“A fines de 1838, cuando comenzaba nuestra larga época del terror, un jóven de veinte años era preso al salir del aula i encerrado en un oscuro calabozo. De ningun delito era acusado; pero la intelijencia brillaba en su frente i el amor a la libertad ardia en su corazon: i estas dotes, si no son crímenes, son sombras aterradoras para los tiranos.”

Se sabe que el jóven a que el orador alude era Mármol, que a sus dotes de poeta, unia un patriotismo jamás desmentido.

Mármol, como Plácido, detestó la tiranía; pero Mármol parece haber bebido con la primera leche ese odio invencible que jamás desapareció de su pecho i que siempre le hizo intolerable hasta la sombra del tirano. No busqueis en sus versos la lisonja cortesana, insólita e infundada al poderoso, porque buscareis en va-



no: en esto se distingue del poeta de Matánzas, por mas que haya entrámbos muchos, muchísimos puntos de contacto.

Mármol detestó siempre de toda tiranía; pero su noble i jeneroso espíritu no se deleitaba en la contemplacion de cuadros de horror i de sangre. No era finjido su amor a la libertad ni era sólo aparato escénico su odio a la tiranía; pero era tambien real el horror con que miraba el puñal del asesino.

El heróico poeta cubano, así juraba ódio a muerte a los tiranos:

#### EL JURAMENTO.

A la sombra de un árbol empinado,  
Que está de un ancho valle a la salida  
Hai una fuente que a beber convida  
De su líquido puro i arjentado.

Allí fuí yo por mi deber llamado  
I, haciendo altar la tierra endurecida,  
Ante el sagrado código de vida,  
Extendidas mis manos he jurado:

—“Ser enemigo eterno del tirano;  
Manchar si me es posible, mis vestidos  
Con su execrable sangre, por mi mano  
Derramada con golpes repetidos;  
I morir a las manos de un verdugo  
Si es necesario por romper el yugo.”

Leyendo tan atroz juramento, uno cree sentir las palpitaciones de furiosa hiena. Cada verso, cada palabra parece escrita con hirviente sangre africana. El señor Amunátegui transcribe este soneto i exclama:

“Este alarido de furor ataca los nervios, da miedo, causa vértigo. No es posible simpatizar con el individuo que lo ha proferido. Aquí no se ve al cristiano, sino al bárbaro. La conciencia de la humanidad no puede ménos de protestar indignada contra las ideas de Plácido sobre el tiranicidio. Es mui justo que se lance una reprobacion tremenda contra ellas; pero es menester acordarse de fulminar el mismo anatema contra las arbitrariedades de los gobiernos que, por sus desaciertos, convierten a los hombres en fieras. Los paises donde impera un réjimen abusivo i despótico se asemejan a las rejiones cubiertas de selvas i de montes: crian tigres i leones.”

Así como ama la libertad el leon aherrojado, así la amaba Plácido; i para alcanzar a recobrarla, habria sido capaz de desgarrar las entrañas del déspota.

¿No se comprende esta sed de sangre?



La sangre embriaga como los licores alcohólicos i el amor de la libertad enloquece. Escuchad.

Un negro africano, que va a ser ajusticiado al día siguiente, se halla encerrado en las cárceles de Puerto Rico. Con sus propias uñas i con la pieza de un reloj de bolsillo abre un forado i pasa a otro calabozo, en que está preso un español. El negro le invita a huir; pero el español se niega, a pesar de que tiene en su poder un pequeño instrumento con el cual puede limar sus cadenas. El día se acerca i en breve llegará el carcelero. El negro jime i ruje alternativamente: su libertad está a un paso i no la alcanzará porque un blanco no quiere seguirle: en cambio, su cabeza rodará, algunos minutos mas tarde, en el patíbulo. Ruega, llora, amenaza; pero nada consigue. El blanco prefiere morir por su patria a huir clandestinamente. El africano se desespera, sus ojos se inyectan en sangre i parecen como querer saltársele de las órbitas; críspanse sus manos i rechinan sus blanquísimos dientes. Ruega por última vez, i como el blanco persiste en su negativa, abalánzase sobre él, ébrio de rábía i desesperacion, i echa por tierra al adversario: va a arrancarle ya el arma salvadora que romperá sus cadenas; pero el español, tenaz i duro como una roca, en un momento de vértigo, no pudiendo salvarla de otro modo, se la traga. El salvaje africano da un rujido feroz i suelta en seguida una carcajada estridente: furioso, terrible se precipita sobre el blanco, le arrastra por el suelo, le sacude, le deja sin sentidos, i sentándose sobre él, con los dientes i las uñas le abre el pecho, le desgarran las entrañas i saca del cuerpo palpitante aun el instrumento que ha de darle la libertad. Rompe con él sus cadenas i libre ya de los grillos que le aprisionan, salta a la calle, teñidos aun los dientes i las manos en sangre, i deja el destrozado cadáver en el silencioso i lúgubre calabozo.

Así amaba la libertad el mulato Plácido i eso explica su horrible juramento. Si para semejantes teorías es posible hallar justificación, no se la encontrará en otra parte, como ha dicho el señor Amunátegui, que en los gobiernos brutalmente despóticos que convierten los hombres en hienas.

Pero, si Mármol abrigaba en su pecho un amor ardiente por la libertad de su patria, nunca jamás dejóse arrastrar a los extremos que Plácido, ni manchó con la sangre del crimen su gloriosa lira. Elevado i noble, marca con hierro candente la frente del tirano i a la altura de su majestuosa inspiracion le levanta para ofrecerle a la execracion del mundo. Oid sus valientes e incomparables estrofas:

¡Miradlo, sí, miradlo! ¿No veis en el oriente  
Tiñéndose los cielos con oro i arrebol?  
Alzad, americanos, la coronada frente;  
Ya viene a nuestros suelos el venerado sol.



El sol de los recuerdos, el sol del Chimborazo  
Que nuestros viejos padres desde la tumba ven:  
Aquellos que la enseña de Mayo, con su brazo  
Clavaron de los Andes en la nevada sien.

¡Veneracion! las olas del Plata le proclaman  
I al Ecuador el eco dilátase veloz:  
Los hijos de los héroes ¡veneracion! exclaman  
I abiertos los sepulcros responden a su voz.

I mirando a su derredor, el poeta echa de ménos las nobles figuras de los patriotas que el tirano ha desterrado i lanza al sol la siguiente apóstrofe:

Emboza ¡oh, sol de Mayo! tus rayos en la esfera,  
Que hai manchas en el suelo donde tu luz brilló.  
Suspende, sí, suspende tu espléndida carrera:  
No es esa Buenos Aires la de tu gloria, nó.

La luz de los recuerdos con que a mis hijos brillas,  
Para evitar su mengua, sepúltala ¡por Dios!  
La emperatriz del Plata te espera de rodillas  
Ahogada entre jemidos su dolorida voz.

Un hombre ha renegado de tu homenaje eterno,  
Robando de tus hijos la herencia de laurel:  
¡Salvaje de la Pampa que vomitó el infierno  
Para vengar acaso su maldicion con él!

I luego, recordando al tirano de su patria i volviéndose hácia él, prorrumpe en sublimes i terríficos acentos:

¡Ah! ¡Rosas! No se puede reverenciar a Mayo  
Sin arrojarte eterna, terrible maldicion;  
Sin demandar de hinojos un justiciero rayo  
Que súbito i ardiente te parta el corazon.

.....  
*Cuando* de bayonetas se despeñó un torrente  
*Bordando* de victorias el mundo de Colon,  
Salvaje, tú dormias tranquilo *solamente*  
Sin entreabrir tus ojos al trueno del cañon.

I cuando tus hermanos al pié del Chimborazo  
Sus altaneras sienes vestian de laurel,  
Al viento la melena, jugando con tu lazo  
Por la desierta pampa llevabas tu corcél.



Tan solo *songre* i *cráneos* tus ojos *anhelaron*,  
I sangre, sangre *a rios* se derramó do quier;  
I de partidos *cráneos* los campos se cuajaron  
Donde alcanzó la mano de tu brutal poder.

¿Qué fiera en tus entrañas alimentó tu vida  
Nutriéndote la venas su ponzoñosa hiel?  
¿Qué atmósfera aspiraste? ¿Qué fuente maldecida  
Para bautismo tuyo te preparó Luzbel?

¿Qué sér velado tienes que te resguarda el paso  
Para poder buscarlo con el puñal en pos?  
Cuál es de las estrellas la que te alumbra, *acaso*,  
Para pedir sobre ella la maldicion de Dios?

¿En qué hora sientes miedo dentro tu férreo pecho  
Para evocar visiones que su pavor te den?  
¿En qué hora te adormeces tranquilo sobre el lecho  
Para llamar los muertos a sacudir tu sien?

Prestadme, tempestades, vuestro rujir violento  
Cuando revienta el trueno bramando el aquilon;  
Cascadas i torrentes, prestadme vuestro acento  
Para arrojarle eterna, tremenda MALDICION!

Cuando a los pueblos postra la bárbara inclemencia  
De un déspota que abruga sangriento frenesí,  
El corazon rechaza la bíblica induljencia:  
De tigres nada dijo la voz del Sinaí.

Por tí esa Buenos Aires que alzaba i oprimia,  
Sobre su espalda un mundo, bajo su planta un leon,  
Hoi, débil i postrada, no puede en su agonía  
Ni domeñar siquiera tu bárbara ambicion.

Por tí esa Buenos Aires mas crímenes ha visto  
Que hai vientos en la Pampa i arenas en la mar,  
Pues, de los hombres hartos, para ofender a Cristo,  
Tu imájen colocaste sobre el sagrado altar.

Sí, Rósas: vilipendia con tu mirar siniestro  
El sol de las victorias que iluminando está:  
Disfruta del presente, que el porvenir es nuestro  
I entónces ni tus huesos la América tendrá.

Me detengo ya: tendria que transcribir toda la composicion si quisiese recordar las bellezas, los arrebatos sublimes, las osadas



imprecaciones, las deslumbradoras imágenes de que está salpicada. Ningun otro poeta americano escribió nunca una poesía de este género que haya logrado hacerse tan popular como la de Mármol. Hai argentinos que no sabrian repetir la canción nacional de la patria de San Martín i Rivadavia: acaso no hai ninguno que no recite alborozado i lleno de fuego fragmentos del hermoso trozo lírico a que pertenecen las anteriores estrofas. Valentía, novedad, inspiración espontánea i arrebatadora, indignación dantesca, versos viriles i robustos, todo allí despierta el entusiasmo i aviva en los pechos jenerosos el odio de la tiranía i el amor de la libertad.

No obstante, necesario es reconocer que la composición adolece tambien de defectos: en muchos lugares el poeta se arrastra en miserable prosaismo i las alas de su númen parecen recojer las telarañas de los tejados. Hai giros insoportables, metáforas violentas, ripios como un templo segun puede verse en los versos que dejo en bastardilla i otros.

Mármol es mas un poeta romántico que clásico i su musa respeta poco las leyes de la gramática i la retórica. Da libre vuelo a su fantasía sin tener ni muchos ni pocos miramientos por los preceptistas. Su forma es por eso descuidada, a veces ramplona, lo que hace desmerecer mucho a su pensamiento, jeneralmente noble i elevado. Sus poesías acusan no poca influencia por parte de Espronceda i Zorrilla sobre el poeta argentino i de aquí que no escaseen las muletas i los ripios, ora se llamen adjetivos, adverbios o verbos.

En su mismo canto *A Rosas—El 25 de Mayo de 1843* se hallarán pruebas de lo dicho. Escribiólo Mármol, segun todas las probabilidades, en momentos de arrebatadora inspiración, i lo lanzó a la luz pública sin limarlo i quizás sin revisarlo. Por eso lo afean ripios i muletas que el poeta habria podido evitar i que indudablemente habria evitado sin necesidad de cumplir al pié de la letra el precepto de Horacio respecto del tiempo que deben tenerse en la gabela los manuscritos: los habria evitado con solo examinar con algun detenimiento sus inspiradas estrofas.

No lo hizo i de él es la culpa si algunas sombras aparecen en la corona que ciñe su frente de poeta. Véanse algunos de los defectos a que aludo:

Cuando de bayonetas se despeñó un torrente  
*Bordando de victorias el mundo de Colon.*

No me gusta la imagen que hace que *un mundo sea bordado de victorias.*

Salvaje, tú dormias tranquilo *solamente*  
Sin entreabrir tus ojos al trueno del cañon.



Ese *solamente* es un ripio descomunal que no sirve mas que para que el cuarteto pierda todo su mérito.

Jamás en las batallas se divisó tu espada,  
Pero mostraste *pronto* la daga de Cain.  
Cuando *a tu patria* viste debilitado el brazo.

¿Cuál es de las estrellas la que te alumbra *acaso*  
Para pedir sobre ella la maldicion de Dios?

Véase ahora un racimo de *entónces*, que son ripios de tomoi lomo:

La humanidad, *entónces*, cuando la vejan tanto  
Tambien tiene derecho de maldecir como él.  
*Entónces*, sol de mayo, los dias inmortales

*Sobre mi libre patria* recordaron en tí  
I te dirán *entónces* los cánticos triunfales  
Que es esa Buenos Aires *la de tu gloria*, sí.

*Entónces* desde el Plata, sin negra pesadumbre  
Te mirarán tus hijos latiendo el corazon,  
Pues opulenta *entónces* reflejará tu lumbre  
En *códigos* i *palmas* i *noble pabellon*.

I al extenderse hermoso tu brillantino manto  
Ni esclavos ni tiranos con mengua cubrirá:  
Que *entónces de ese Rosas* que te abomina tanto  
Ni el polvo *de sus huesos* la América tendrá.

La lima habria podido hacer desaparecer todos estos defectos que tanto afean el hermoso canto de Mármol.

Santiago, enero 21 de 1876.

RÓMULO MANDIOLA.





## ¡OH! QUE DULCE, ES DIOS MIO...

---

¡Oh! ¡qué dulce es, Dios mio, cuando al alma  
Roba el pesar la bienhechora calma,  
Lágrimas derramar ante la Cruz  
I elevar nuestros ojos anublados,  
De ver tanta miseria ya cansados,  
A donde brilla un sol de eterna luz!

¡Da, Señor, este bien al peregrino,  
Da tu consuelo al sér que en su camino  
Espinas i arenal tan solo ve;  
Al que vertiendo llanto de amargura  
Palpa las sombras de una noche oscura,  
Sin mas guia i fanal que el de la Fé!

¡Oh Cruz! ¡oh padecer! ¡oh llanto! ¡oh pena!  
Para llegar a la rejion serena  
Sendero sois que nos marcó el Señor!  
¡Feliz aquel que sufre resignado  
I expira con la Cruz santa abrazado!  
¡Ese ganó la dicha en el dolor!

1870.

ENRIQUE DEL SOLAR.

---